

LA COLMENA

Carlos Sandoval

...igual a todos se los lleva el viento

Villón

La del nueve había dicho que la del quince lo vio primero, pero la del seis, siempre mejor informada, alzando la voz desde su puerta dejó claro que el del doce casi lo aplasta y que cuando el grito de la del cuatro algunos ya lo sabían. Nosotros, sumando nuevos pistones al sube y baja humano que brincaba por las escaleras, tratábamos de ver entre el desarreglo de cabellos apiñados en el pequeño espacio de la planta principal. Lo más lógico: un infarto. Seguro salió disparado de alguna habitación después de verificar el regreso de la chaqueta azul con gorra de vigilante nocturno. Eso explicaría el pie desnudo y la camisa mal ajustada. Respecto a los serenos, hay varios: dos en el diecisiete.

Con el primer café preparado por la conserje la traición como hipótesis fue ganando simpatías. Al del seis se le ocurrió la idea de buscar, apartamento por apartamento, el zapato faltante, pero la tarea requería de un gran equipo y a esa hora nadie deseaba sino despertar bien sentado en cualquiera de las gradas o en la propia planta con buena vista.

A las ocho todo era risas. El calor hizo sugerir al del cinco un medio de preservación temporal. En seguida llegó el hielo, pero los cubitos se licuaron a los pocos minutos. Aprovechamos el trajín con las gaveras para reinstalarnos en unos escalones con mejor perspectiva. Más eficaz, el del diecinueve propuso la cal. Ahora parecía un trozo empanizado listo para el sartén.

El del trece repitió que la Jefatura estaba al tanto. «Vamos a taparlo», propuso la del seis. La vergüenza sesgó los ojos de la conserje cuando el mapa de orine fue a ocupar el abdomen y la mitad de las piernas.

A mediodía la gente comenzó a ralear. Se calmaron las olas de la sábana producidas por manos curiosas a causa del desconocimiento de la cara abotagada debajo de la tela. A la una estábamos arrellanados frente al televisor. Él seguía como un fardo en el camino de salida, un blando promontorio que los niños saltaban divertidamente.

Para matar el sopor de esa hora lenta, los del dos instalaron la rumba de los sábados en pleno lunes: un par de tambores, campana y clave, ocho gargantas desafinadas haciendo coro. Nosotros ayudamos a completar la dispareja mazamorra del compás que cada uno marcaba por su lado. Cantamos tres versiones de la misma pieza; en el inicio de la cuarta, apenas dos golpes de ritmo, se inspiró el llanto.

No era joven como creímos. Luego supimos que era la madre, pero en el primer momento nadie dudó que con esa edad (cuarenta y nueve, cincuenta y cinco) el tipo la estaba viviendo y que un hijo la había vengado, a pesar de su tozudez al arrancarse los pelos

teñidos, de rodillas sobre el cuerpo fofa con indicios de gordura *post mortem*. Los rumberos casi se esfuman, de no ser por la imprudencia de la campana que cortó unos segundos el hipo del llanto mientras rebotaba en el piso.

La del seis y la del quince consolaban a la mujer, quien cambió las lágrimas por gritos. Repetía tanto «mijo mijo» que el del cuatro hizo un cómputo de las veces que farfulló la frase, la duración del descanso entre una serie y otra, y algunas variantes como «ijó, ijó». Otra vez, todos callamos, no era momento de andar con risas ni de sorber un trago de la botella que desde la mañana circulaba por toda la planta. La súbita aparición de la del veinte produjo interrupciones en el llanto. Dijo que la perdonáramos: «en el último se vive despegada del mundo». Desapareció dentro de la cabina del ascensor al darse cuenta de las docenas de ojos que le comían los blancos senos ceñidos a la bata. Entonces llegó la vergüenza: cómo pudimos pensarlo si cualquiera al verla nota el parentesco. Nosotros, dice la anciana del ocho, tomando siempre las cosas por chiste sin aprender que la vida es algo serio. No nos atrevimos a contradecirla. Los ojos en el granito mientras el del cuatro daba vueltas a la pelota de hojas blancas de su estadística recién estrujada.

La valeriana agregó nuevas regiones a la cartografía del cobertor. El escupitajo casi moja al morocho del siete desagradando a la del nueve, solícita al preparar el brebaje. Con la salpicadura aparecieron dos policías que alejaron a todos del bulto. Las gradas del primer piso se abarrotaron, tuvimos que levantarnos para poder mirar.

El de pelo lacio llenaba papeles apoyándolos en sus piernas mientras el otro, aindiado, medía entorpecido por la mujer aferrada al cuerpo con la cara en una región grande del mosaico de la sábana. Silencio. De pronto el lacio preguntó a la multitud quién lo había encontrado. Unos respondieron que la del cuatro; otros, que la del quince. Ya se estaba armando el barullo cuando la del seis dijo, sentenciosa, que el del doce lo tropezó a eso de las cuatro de la madrugada antes de los gritos y de todo lo demás. De nuevo, silencio. Al interrogar sobre conocidos, interés en alguien del edificio y saberse que al hombre lo separaban al menos cien kilómetros desde su casa hasta aquí, el alboroto no nos permitió escuchar la balbuciente respuesta. El indio tuvo que sacar el arma para poder continuar con su trabajo. Nos callamos, pero al rato los susurros se hicieron insoportables. Surgían nuevas hipótesis, aunque algunos miraron al del diecisiete con insistencia.

Uno del ocho fomentó la idea del robo de apartamentos. Nadie quiso apoyar esta causa porque sólo había ocurrido un hurto: al del tres, normalmente borracho. Otra especie más sólida, auspiciada por un grupo del once, fue la venganza.

El indio y el lacio dejaron de tomar medidas y escribir, no hacían caso de nuestras versiones. Primero con amabilidad, luego con rabia, despegaron a la mujer del pedazo macilento de cal y tela. Murieron las hipótesis apagadas por la histeria materna de insultos hacia los guardias, quienes apenas alcanzaban a decir algo sobre la nitidez de la investigación, la búsqueda de huellas para que las pesquisas determinaran la causa de muerte. La mujer gritaba que el muerto era suyo. El indio ripostó que en ese estado pasaba a potestad de ellos, encargados de averiguar pormenores y trapos sucios. Esta última frase indignó más a la mujer pues su muchacho –dijo– era un «modelo» (tipógrafo o algo así). El

lacio introdujo la expresión «sobredosis», entonces las voces se volvieron puñetazos de palabras que obligaban a retroceder a los dos uniformes, o a la mujer según el turno de bocas abiertas. Desde el *ring side* vimos cómo el careo salió a la calle prosiguiendo los *rounds* sin descanso.

Rompimos el cordón invisible que nos sujetaba en las barandas. En seguida se formaron dos bandos: los que apoyaban a la mujer y los leguleyos del partido de uniformes. Afuera, la madre y los policías desaparecieron. Según la del catorce la pelea sería resuelta en la Jefatura, delante de un oficial o de alguien que supiese de esas cosas.

Era corriente pensar en una canallada de alguno de los que permanecíamos en las escaleras conversando plácidamente. La dirección del viento que soplaba desde la puerta despejó las dudas. Buscamos al del cinco. Luego de acordar un descargo en la cuota eléctrica, el ventilador fue conectado en la sala de la conserje, alejando la pestilencia de vuelta hacia la entrada. En el uno encendieron un equipo con buen volumen: *El manisero* de Oscar y nuestras voces repitiendo las inspiraciones sabidas de memoria.

Para los niños que regresaban de la escuela era más difícil saltarlo ahora sin resbalarse con el fango blanco; además, estaba más alto y el ventilador ofrecía mucha resistencia. La costumbre lo convirtió en otra de las viejas complicaciones del edificio. Al paso de *Mata siguaraya*, y para evitar mancharse los zapatos, se cambió el rumbo de la cola del ascensor. Algunos preguntaron qué había hecho el condominio para solucionar este nuevo problema, peor que el de los morosos. Pero las quejas acabaron pronto quizá por el cansancio del retorno a casa entre paquetes de comida rápida y chiquillos eléctricos. La tarde moría en las desvencijadas hojas de la cabina. Arriba, en el tocadiscos, la voz de Oscar cambió por el timbre sibilante de Lavoe: el del uno es un salsero de pura fibra de barrio.

El fanático del diecinueve gritó que esa noche los Yanquis debían vencer por tercera vez a los Rojos. A nosotros nos gustaba Cincinnati porque Concepción jugaba en el *short* y era de Aragua. El más viejo de todos los del dos expuso las virtudes de Jackson y el duro pitcheo de los de Manhattan. Nos levantamos para recordarle la experiencia de David y la veteranía del mánager de Cincinnati, suficientes para acabar con los rayas negras. El del uno le subió volumen a *Mentira*. Llegaron otros a apoyar a los neoyorquinos; los numeritos campearon por encima de la voz de Héctor y hasta se mostró un álbum de barajitas de un niño del cuatro.

Sin victoria, el del diecinueve fue reducido dentro del ascensor; el del dos abanicó la puerta de su apartamento al tiempo que los postes de la calle se iluminaron, justo cuando el ruido de cauchos lisos anunciaba la llegada del furgón de la morgue.

Una mujer joven descendió del carro junto a dos hombres en mangas de camisa. Entraron a la planta. Afuera se quedaron el lacio y el indio de la tarde con otro encorbatado que les ofrecía cigarrillos.

Se desconectó el ventilador. Sólo las inspiraciones finales de *Mentira*, irreverentes, y el sollozo de la madre, olvidada hasta el momento de caerse del jeep, se atrevieron a

revolotear sobre el trabajo de los recién llegados. Mientras la patóloga daba golpecitos a la muñeca derecha cubierta de cal, observamos que el de corbata larga sujetaba una cámara con un *flash* grandísimo –también vimos el estrecho pantalón verde dibujando unas nalgas no mayores de veinticinco años. El otro, apenas un lazo azul en medio de los pectorales, escribía en un cuaderno.

El de la cámara le dijo al del lazo si por fin apostaba, «los Rojos no tienen vida», le previno riendo. El otro preguntó a qué hora comenzaba el partido. La mujer alumbraba con una pequeña linterna las cuencas que antes había limpiado: «listo», exclamó sacudiéndose las palmas. El del lazo puso el cuaderno en el suelo e hizo amagos de querer limpiar la cara. La conserje trajo una escoba y en segundos el camarógrafo, a horcajadas sobre el tambor del estómago, disparó su aparato.

Con igual rapidez el del lazo y el que conversaba con los policías trajeron una camilla metálica. «Pesa», dijo uno, «acá una manito». El lacio y el indio, junto a los otros, lo montaron en la plancha. En fila desaparecieron por la boca oscura de la noche, seguidos por la reciente cojera de la madre llorosa. Lo último que escuchamos fue: «entonces, ¿va la apuesta?», antes de que otra pieza del disco arrancara sus trombones.